

Obituario

Hugo García Albarracín (1948-2011), bibliotecario comprometido.

Fernando Báez, Mela Bosch, Daniel Canosa, Tatiana Carsen

Nota introductoria

El 3 de diciembre de 2011, se extinguía la vida de un bibliotecario argentino comprometido con su realidad social. Su trayectoria, signada por la persecución de la dictadura argentina del 76 y el servicio vocacional a su sociedad desde su noble condición de bibliotecario, documentalista y docente universitario, lo convirtió en un referente para sus estudiantes de Bibliotecología y muchos bibliotecarios, gremio que suele ver indiferente lo que acontece en la agitada vida política de nuestros países latinoamericanos. Supimos de su trayectoria y entrega –pues no tuvimos la fortuna de conocerlo personalmente—por la Internet, cuando Tomás Solari informó de su deceso y Fernando Báez escribió bellas palabras evocativas en su memoria. De inmediato se sumaron otras voces, como las de Daniel Canosa, Mela Bosch y Tatiana Carsen. Hoy, *Fuentes*, rinde homenaje a ese trabajador de la cultura y del libro, de la libertad de información y del servicio irrestricto a la sociedad, con escritos enviados gentilmente por nuestros colegas y compañeros. Hoy tenemos el honor de compartir con ustedes este homenaje póstumo a un gran bibliotecario argentino esperando que su ejemplo sea emulado, y su obra inédita –a la que hacen referencia Fernando y Tatiana—sea publicada, lo que constituirá el mejor homenaje a su memoria.

Luis Oporto Ordóñez

Editor de Fuentes

* * *

Palabras sobre Hugo García

Fernando Báez

Hoy quiero rendir un homenaje especial a Hugo García, un gran bibliotecario, miembro del CAICYT-CONICET y delegado de ATE CONICET. Debo decir, a propósito, que creo que ha muerto un hombre insigne en Argentina. A mi edad, el mayor temor al abrir el correo electrónico es saber de la pérdida de algún amigo y hace poco Tomás Solari, ese notable militante del afecto a quien tanto admiro, me escribió para informarme de forma oficial que había fallecido Hugo, y no pude evitar tener una impresión de soledad enorme, un vacío que creció intensamente a medida que pasaban las horas en el cuarto de hotel donde me encontraba en Egipto, recuperándome de una enfermedad. No importa el día, la muerte de alguien que conocemos siempre duele y acaso eso explique el vértigo y la pesadumbre de estar tan lejos y reconocer que la muerte puede golpear la puerta de uno en cualquier momento. Apenas unos meses atrás habían matado también a Facundo Cabral, y hoy sus verdaderos asesinos están libres en una época de impunidad y de incertidumbre.

Yo tuve el honor, el privilegio, de conocer personalmente a Hugo García en Buenos Aires, en un tiempo memorable, donde el país ya se notaba inquieto ante el porvenir en busca de romper con ese pasado oprobioso de las dictaduras militares y de las complicidades legitimadas por el silencio, y recuerdo perfectamente detalles que me gustaría compartir aquí, justo ahora.

Era, en primer lugar, un hombre amable, bueno en el buen sentido de la palabra, que, además de su insaciable curiosidad por conocer el tema de la crónica del libro, esperó pacientemente para entregarme un ensayo magnífico que había escrito sobre la historia de la censura, y dediqué el vuelo de retorno de entonces a leerlo con avidez, casi 50 páginas encuadradas que despertaron mi asombro y una profunda empatía porque tocaba un tema que todos hemos sufrido alguna vez, me refiero a la censura, el escarnio por pensar como pensamos, el intento de silenciarnos por ser críticos. El registro de García abarcaba desde la antigüedad con los casos de Sócrates o Protágoras hasta el presente, porque no debemos olvidar que la censura se mantiene hoy, con renovados bríos, y no sólo la practica el enemigo, a veces se encubre detrás de personas que no sospechamos y eso lo entendía Hugo, quien era audaz y combativo, ávido de lecturas que eran un espejo de su alma.

Sensible, además era un hombre con una mirada que podía desarmar una mentira con un parpadeo, poner en duda un dogma con un gesto y me gustó su franqueza, su humildad, su apoyo crítico, su dignidad ejemplar, esa magia que tenían sus palabras, colocadas en un orden que desmantelaba el protocolo y recuperaba lo esencial de una vida, el abrazo, la familia, el cariño, la ciudad, lo que nos hace descubrirnos a través de un apretón de manos o de un silencio. Hugo era una antología de una generación de bibliotecarios modestos que cultivaba esa vieja pasión siempre fresca de la cooperación y la búsqueda de justicia.

Lo más doloroso que supe no fue sólo que murió Hugo, sino que lo hizo tras una larga agonía en las que sus compañeros se movilizaron para prestarle toda la ayuda posible en un mundo en el que los hombres nobles se mueren sacrificados en nombre de consignas, sin protección de una sociedad que se hace llamar la "sociedad del conocimiento" y adquiere ordenadores más sofisticados, pero olvida a los bibliotecarios, que son la base

fundamental del sistema de información. Su dolor, sin embargo, y su muerte, me han llevado a pensar dos cosas. La primera es que su nombre debe quedar como un testimonio de esa prolongada batalla que debemos dar por optimizar las condiciones de los bibliotecarios, denunciar toda forma de censura, reclamar un mayor debate sobre el papel social que nos corresponde en un mundo donde corporaciones privadas o estados todopoderosos manipulan a su antojo los datos en las redes. Lo segundo que quiero es compartir esta reflexión: son seres extraordinarios como Hugo los que le dan sentido, con su humildad y su capacidad crítica, a la esperanza de las nuevas generaciones. Hugo ha muerto a punto de finalizar el 2011, un año que anunciaba las dificultades este 2012, pero falleció peleando por la vida, no se rindió hasta que llegó lo inevitable. Por eso todo esto que he dicho, y lo que seguiré diciendo, tiene un solo propósito: rendir homenaje a Hugo García en nombre de toda una comunidad y agradecerle sus reflexiones, su humanismo, su solidaridad, su capacidad de compartir y demostrar que hay en Argentina un grupo de maravillosos profesionales que son pilares del nuevo tiempo que se vive en las ciencias de la información en estos inicios del siglo XXI. Hombres de la talla de Hugo García no nacen todos los días y cuando mueren, se transforman en un símbolo, en un paradigma, en un ícono destinado a enfrentar el olvido y el absurdo en un desafío permanente que nos llene de aliento ante todo lo que podemos y tenemos que hacer para darle sentido a la humanidad mejor que anhelamos.

6 de diciembre de 2011, a las 10:26

Tuve un sueño

En memoria de Hugo García, Bibliotecario

Mela Bosch

Es algo que nos suena a Luther King, pero yo lo tuve de veras, fue la noche en que Hugo murió. Ese día había ido a saludarlo en terapia intensiva, me incliné sobre él y le susurré “*vamos a andar*” el verso de la canción con que nos animábamos mutuamente desde hacía mucho tiempo y que tomábamos literalmente en esos tres meses de lucha desde su accidente. Me respondió suavemente, “*ya no*” y entendí que se estaba despidiendo de mí. Le dí un beso, apoyé mi mejilla en la suya y sentí que nunca iba a poder decirle adiós.

Aquella noche soñé que caminaba descalza. Caminaba por todas las bibliotecas que habíamos recorrido con Hugo en los 25 años de nuestra amistad y las de nuestras vidas. Ví con él los anaqueles de la biblioteca Rivadavia de Resistencia en mi infancia, y los de la universidad del Nordeste de mi juventud. Ví la biblioteca de su facultad de Medicina en Mendoza, que jamás conocí más que por sus palabras, luego entré con él a la biblioteca del antiguo CAICYT en la calle Moreno, a la antigua Nacional de la calle México, a la del Congreso, la Socialista, a la de la Cooperación, a la de la Academia de la historia, luego estuvimos en varias otras, en tantas que no me acuerdo y lo veía a él andando, entre los libros, tranquilo y feliz, con su sonrisa un poco socarrona y yo iba detrás de él desmañada, descalza, pero lo seguía.

Me desperté extrañamente feliz, al punto que cuando un colega (¡bibliotecario!) unas horas más tarde me confirmó que había fallecido no lo podía aceptar.

Pensé mucho en qué significaba ese sueño de caminar por las bibliotecas, y pienso que a Hugo le importaban los cerebros, pero su cualidad mayor era la de ser capaz de ver qué horma de zapato calzaba cada uno. No le importaba estar a la cabeza, sabía que son los pies los que nos llevan.

El se preocupaba por los soportes y los medios, los términos y las cronologías. Sabía que es esa la geografía del saber que nos espera en las bibliotecas del futuro.

En lo personal, no es sólo una metáfora, voy a caminar descalza sin él, y a la vez sé que las bibliotecas de nuestro país han perdido a quien era capaz de marcar caminos con sensibilidad e inteligencia una rara e irremplazable combinación.

Mela Bosch. Lingüista especializada en tratamiento informático documental. Consultora internacional en bases de datos documentales y lenguajes controlados. Docente e investigadora en la Universidad Nacional de La Plata. Dirige la parte técnica del Acervo digital anotado de literatura argentina, proyecto de la Biblioteca Nacional Argentina.

Hugo García, bibliotecario comprometido.

Daniel Canosa

*La agenda llena, futuro desconocido.
El cable canturrea la canción popular sin patria.
Nieve sobre el mar inmóvil como plomo. Luchan
sombras en el muelle.*

*En mitad de la vida sucede que llega la muerte
a tomarle medidas a la persona. Esta visita
se olvida y la vida continúa. Pero el traje
va siendo cosido en silencio.*

De *Postales negras*, Tomas Tranströmer

Vaya a saberse en qué momento supo Hugo que alguien le estuvo tomando las medidas de aquel traje. Nunca se alcanzará esa certeza, a eso supongo que lo llaman destino, algo que simplemente algún día ocurre. Providencia que inexorablemente debe cumplirse.

Es infrecuente encontrarse con alguien como Hugo García, abruma concebir el plano que dominó, desde la vocación y la insaciable curiosidad, habitando con simpleza un promontorio del pensamiento, haciéndolo suyo, dejando una obra inquietante, interrogativa, cuya construcción ha requerido de un profundo sentido crítico y ético. Hugo fue un verdadero maestro de la oralidad, una persona que hacía simple aquello que suele ser complicado: explicar algo a alguien, hacer entender lo que se conoce, ir más allá de toda posibilidad.

Pero en el recuerdo que pretendo evocar (me viene a la mente aquellas inevitables e indelebles palabras de Oscar Wilde, mientras penaba en la cárcel, “solo puede haber dolor debajo del dolor”) hay algo que sobredimensiona todo esto, y es su generosidad. Me duele saber que como docente quiso ayudarme mientras estaba agonizando en esa cama de hospital, llegué a entender que esas cosas lo entusiasmaban, no me perdono que cuando decidí visitarlo ya fue demasiado tarde, aquel sábado dejaría este mundo teniendo que presenciar, días después, algo poco común en una reunión de amigos, que justamente Hugo se quedara en silencio.

Yo tengo para mí que los profesionales de la información no podrán, por mucho tiempo, tener una cabal idea de la pérdida que tuvimos que soportar, van a pasar años hasta que se pueda resignificar la obra y el aporte de Hugo García. A su debido tiempo, cuando algún bibliotecario, con su teoría y su método, se pose en el horizonte donde Hugo estuvo trabajando, probablemente recién ahí comprendamos el alcance de su intervención, la enorme distancia que recorrió mientras se dejaba vivir.

Podría enumerar un listado de sus aportaciones, pero prefiero recordar lo que Hugo generaba cuando empezaba a explicar algo, cómo toda un aula se llenaba de él, mientras daban ganas de extender las coordenadas del tiempo para seguir disfrutando lo que sabía. Y lo que Hugo sabía no podría clasificarse en un solo estante. En algún momento, junto con alumnos de Mirta Pérez Díaz, pertenecientes a un instituto terciario de Laferrere, entendí que ciertas instancias se experimentan de tanto en tanto, muy difícilmente puedan reiterarse a lo largo de toda una carrera. En ese contexto, que espontáneamente se estaba forjando, Hugo ofreció una soberbia disertación sobre tipología de documentos, entonces me supe, como otros lo supieron, un espectador

privilegiado, lástima que después de semejante alocución los alumnos tuvieron que escucharme en el último tramo de la clase, porque recuerdo las caras de aquellos futuros bibliotecarios, las ganas de seguir escuchando lo que Hugo estaba compartiendo. Eso era Hugo, una antorcha, alguien que obligaba a sus interlocutores a retener en algunos fragmentos aquellos pronunciados fulgores del intelecto.

Recientemente, Fernando Báez escribió algunas palabras desprendidas del corazón, no podía ser de otro modo. Porque es ahí donde nos damos cuenta a qué vereda pertenecemos, de qué lado estamos parados dentro de la profesión, y ese lugar no puede ser otro que del compromiso social, ahora mismo lo recuerdo, el día aquel del concurso “Fernando Báez”, en la Biblioteca Nacional, verlo sonriendo, para decirle a Fernando luego de su discurso encendido “son bravos los venezolanos, eh?” y lo que estábamos presenciando ese día era un hecho histórico, donde profesionales que hicieron largos recorridos en la disciplina confluyeron en un mismo acto, ofreciendo una verdadera construcción de sentido, de significado, porque si en la Bibliotecología alguien puede hablar del componente humanístico difícilmente pueda obviar estos nombres y estas historias, porque es ese precisamente el propósito de todo quehacer.

Ya no será lo mismo, ahora queda una tarea ciclópea, lograr que la obra de Hugo se analice, se estudie, se comparta, se mantenga en el tiempo. Esa es tarea para los que vienen. Los que quedan, mientras tanto, recordarán cada intervención de este maestro de bibliotecarios, porque invariablemente, luego de escucharlo, se caía en la cuenta de que había que volver a aprender lo que creíamos comprendido, porque era verdaderamente admirable saber que un esquema teórico podía ser “visto” o analizado desde diferentes maneras y lugares. Acaso sin saberlo, cada trazo de aquella arquitectura, producto de una de las mentes más lúcidas de la profesión, semejava una pintura del pensamiento cuyo modo habilitaba futuras aportaciones, y sin embargo no se podía evitar sentir que una palabra ajena terminaría estropeando el cuadro. Aún así Hugo propiciaba la construcción, es allí que muchísimos bibliotecarios tuvieron la suerte de aprender mientras compartieron su espacio de trabajo. Se vieron comprometidos, por el gentil mecanismo, a buscar sus propios límites de entendimiento, a ir más allá de sus posibilidades, a fijar el rumbo de la vocación.

Palabras como ‘memoria’ e ‘identidad’ no le eran indiferentes, y sobretodo si estaban contextualizadas en el marco político y social de las problemáticas latinoamericanas.

Recuerdo un correo suyo con motivo de la posibilidad de crear un espacio de pensamiento multidisciplinario que las circunstancias conocieron bajo el nombre de Memoria e Identidad Latinoamericana (MIL y UNO): “*Vamos a ir armando un "nicho" ecológico, decía, o un ámbito, por afinidades temáticas y personales, y para eso sirve ir eligiendo algunos tópicos...*” constantemente pensaba en pensar, en lograr que otros piensen a partir de sus inquietudes y motivaciones, y fue coherente con lo que pensaba, más allá de que a veces se podía disentir o concordar, lo importante era lo esencial: compartir, crear, hacer, desarrollarse.

Cabría un espacio mayor para contar la relación de Hugo con la música, no sólo el aporte propio de lo que denominó como *infodiversidad documentaria* sino la necesidad expresa de conectarse musicalmente con la vibración de los instrumentos y las composiciones. Es posible decir que no hubo esquema de las ciencias sociales que no haya abordado a conciencia, logrando sistematizar las diversas creaciones del

conocimiento humano de un modo exhaustivo y profundo. Era habitual leer en sus mensajes, cuando definía los lineamientos de trabajo, cuestiones referidas al Por qué, Para qué, Para quiénes o Cómo. Desmenuzaba el sentido de la aportación y clarificaba la orientación del trabajo colectivo, así fueran muchas las voluntades, Hugo siempre estaba en el centro de las mismas.

Expresó la “*necesidad de rescatar la función social del bibliotecario haciendo hincapié en el trasfondo humanista de la profesión*”. Incansable, fluctuaba en múltiples direcciones, generando focos de discusión y debate, de allí que su ámbito de creación en la Biblioteca del Caicyt fue destino y morada de numerosos proyectos.

Dejo a continuación un pensamiento vivo, que muestra lo que era, lo que sigue siendo a través de sus lecturas:

Porque bien sabemos todos que "la vida pasa, y nos vamos poniendo viejos" en la piel o en el espíritu, y comprendemos que el día indicado es **ahora** y el ámbito es éste, el **nuestro**. Así, voluntaria y humanamente, sin disputar los poderes y territorios ya envejecidos de tanto darwinismo cultural, constituimos un **nosotros ahora...** para poder inscribirnos en el curso de capacitación que más nos interesa, el de servir a nuestra profesión y a nuestros compatriotas de manera óptima y cabal, según metodologías y normas consensuadas y fundadas en principios éticos, científicos y estéticos. Porque aspiramos a situarnos en el mapa local, nacional y latinoamericano para así aportar nuestra labor en el itinerario de los pioneros y los soñadores, de nuestros anhelos y dolores, e inscribir nuestra marca en el diseño de los escenarios y las condiciones de vida deseables, tan anclados en una cartografía nítida y memoriosa como proyectados sobre un horizonte de vida popular y humanista.

Recuerdo ahora una canción, titulada “la humilde”, fue dedicada por Atahualpa Yupanqui a un amigo santiagueño llamado Cachilo Díaz, había fallecido dejando una chacarera inconclusa. Importa en este caso el simbólico homenaje, que decía lo siguiente, guitarra en mano: “*cachilito no se en qué lugar del cielo estarás, con tu permiso ñaña, allá va tu chacarera...*”

¿Será posible completar la obra de Hugo García? Hay quienes, con profundo respeto, ya aceptaron esta tarea. Que se cumpla, por Hugo, y por la bibliotecología.

Dedicado a la familia, amigos y compañeros de trabajo.

Diciembre de 2011

Brevísima reseña de la producción intelectual de Hugo García Albarracín

Tatiana M. Carsen (*)

Hugo García Albarracín nació en la ciudad de Mendoza, provincia de Mendoza, Argentina, el 12 de Enero de 1948. Falleció el 3 de diciembre de 2011, dos meses antes de cumplir los 64 años. Tuvo un intenso compromiso militante en los años sesenta y setenta en su provincia natal. En los años '70 tuvo que hacer su exilio interno a raíz del golpe militar de 1976. Estudiante de medicina, por ese motivo no pudo concluir su carrera ya muy avanzada. Sin embargo, los conocimientos y la curiosidad intelectual de Hugo García lo llevaron, naturalmente hacia el interés en temas científicos y, en especial, relacionados con metodología de la ciencia y epistemología y en la divulgación científica. Consecuencia de esto fue la participación que tuvo en cursos de postgrado sobre *Epistemología, Metodología de la Ciencia, Ciencias de la Información y la Documentación* con profesores de tan alto nivel como lo han sido Rolando García, R. Couture de Troismonts, Herbert Picht, Gregorio Klimovsky, Joseph Hodara, Luis Remes, Alan Gilchrist, Rodolfo Alpizar Castillo, Raúl Scandar, Daniel Spina, Lydia Revello, Amelia Aguado, Mario Barite, María T. Cabré, Félix Schuster, Alan Gilchrist, Emilia Currás, Roberto Casazza.

Fue un **Documentalista** vocacional y sumamente inquieto por los aspectos teóricos de este campo del saber, temas que formaron parte de su continua reflexión y enmarcaron su actividad laboral al frente de la Biblioteca como responsable del área Biblioteca “Ricardo A. Gietz” del CAICYT-CONICET, desde 1986 a 2011.

La **docencia** fue también otra de sus actividades destacadas y por la cual es recordado por varias generaciones de estudiantes de bibliotecología y de comunicación social. Como docente se desempeñó en las cátedras de “*Documentación*” en la Facultad de Informática y Ciencias de Comunicación, Universidad de Morón (1993-2007), y de “*Métodos y técnicas de la documentación científica*” en Universidad de Bologna-Buenos Aires (2001-2007). La inquietud por enseñar e incentivar la construcción colectiva de conocimiento llevó a Hugo García a promover un colegio invisible pero no menos real, entre bibliotecarios, documentalistas y profesionales de otras disciplinas, y estudiantes. Así fue que inspiró el grupo “Mil-y-uno” (Memoria e Identidad Latinoamericana), con el objetivo de compartir y construir líneas de pensamiento y de reflexión. De ese ámbito surgió la “*Escuelita de Verano*”, serie de encuentros entre alumnos y docentes de bibliotecología, realizado en la Biblioteca Popular “La Margarita Blanca” (Adrogué, Provincia de Buenos Aires, Argentina (verano 2010) que fue continuado por el ciclo mensual *Encuentros sobre Bibliotecología y Documentación: Aportes a los Fundamentos de Nuestra Profesión* realizado entre mayo y noviembre de 2010, coorganizado con el GESBI (Grupo de Estudios Sociales en Bibliotecología y Documentación)

Se puede conocer la obra y pensamiento de Hugo García a través de su producción escrita

* **Autor** del capítulo “Documentación científica” y del “Glosario” en *Pensar y hacer en investigación*, tratado en 2 vols. editado por Daniel Dei (Docencia 2002); la ponencia “La mujer y las CSyH en el Conicet” en la 12º Jornada de FEPAI (2004); del *Repertorio de Publicaciones de Ciencias Sociales y Humanidades de Conicet* (1996) y del *Directorio de Ciencias Sociales y Humanidades del Conicet* (1992); del manual: *Guía*

del docente: Historia Argentina (Troquel, 1995); artículo “El significado de una palabra de moda: información” (Idiomanía, 1997) y “Acceso a la Informática social en Argentina” (*Realidad Económica*, 1986); coautor de: *La industria cultural y la reproducción de información y sentido* con M. Bosch y L. Maturana (Demócrito, 1989) y *Modelo de descripción documental basado en paradigma de objetos*, comunicación 6º Cgso ISKO, con T. Carsen, C. Mabragaña y N. Manzanos (España, 2003); y corredactor del *Primer Directorio de bases de datos de Ciencia y Tecnología en Argentina* (SeCYT, 1989)

* **Expositor invitado** en la Diplomatura “*Metodología de la Investigación*”, Universidad de Morón (2001); el 7º Congreso. *Iberoamericano de Periodismo Científico* (2000); 5ª Cibim-Mercosur (1999); Biblioteca del Docente de la Ciudad de BsAs (1996); Facultad de Veterinaria-UBA (1995); IVº Simposio Iberoamericano de Terminología de RITerm-Unión Latina (1994); UNI-FORUM’94; en la 1ª “*Jornada sobre la Metáfora*” del Centro Estudios Filosóficos de la Academia Nacional de Ciencias (1989); y en “*12ª Jornada sobre Historia de la Ciencia Argentina: mujeres*” (2004); en Jornadas de Bibliotecología del Instituto Superior de Formación Docente (ISFD) Nª 35 “Dr. Abramo” (Monte Grande, 2010)

* **Trabajó** ahora en una *Cronología mundial de la Comunicación, la Informática y la Documentación* (un libro + CD; desde 1998); y un *Diccionario Terminológico de Documentación* (desde 1997). Antes lo hizo en el proyecto: *Estudio ciencia-bibliométrico de la producción en Ciencias Sociales y Humanas de Conicet* (2002-4), y *La in/consistencia terminológica de la documentación analógica y digital* (Universidad de Morón, 1998). Todas estas obras quedaron inconclusas a raíz de su fallecimiento prematuro.

* **Participó** en el *Comité de Documentación* del IRAM (2004) y en la *Comisión de Terminología* del Ministerio. de Educación (2003). Fue miembro de la 1ª red de CSyH, Redicsa (1989), de Unired (1994) y del Grupo Argentino de Terminología (Recyt-Mercosur, en 1998-9); coordinador técnico del Programa Nacional de “Desarrollo de Bibliotecas CyT” (PNUD-Conicet, 1989); corredactor del “Código de clasificación de disciplinas científicas”; y asesor de entidades públicas y privadas: Consejo Nacional de la Mujer, diario La Nación, APYME, Fundación. Valle Nuevo (Neuquén), Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, Editorial Alfagrama

Pero, por sobre todas las cosas, Hugo García aspiró a formar personas con sentido crítico, no sólo para la profesión sino en todos los órdenes de la vida. Por eso, compartía generosamente la bibliografía que nutría su pensamiento y siempre que podía, mantenía charlas con los estudiantes de bibliotecología que frecuentaban la biblioteca en que trabajaba o que concurrían en carácter de pasantes y realizaron prácticas en esa misma biblioteca. Las entrevistas con los usuarios iban más allá de un simple interrogatorio para encontrar una obra determinada y se convertía en una rica y sesuda charla que derivaba de los asuntos buscados hacia temas conexos, en un intercambio provechoso que, en más de una ocasión, produjo que esos usuarios regresaran a recibir pero también dar información e ideas a compartir.

Esa misma inquietud llevó a Hugo García a promover un colegio invisible pero no menos real, entre bibliotecarios, documentalistas y profesionales de otras disciplinas, así como estudiantes de bibliotecología y periodismo. Dicho colegio invisible dió en

llamarse “Mil (y uno)” “Memoria e Identidad Latinoamericana”. Este grupo se proponía ser más una red informal para compartir líneas de pensamiento que un grupo orientado a la acción profesional. De este ámbito surgió la “*Escuelita de Verano*”, serie de encuentros entre alumnos y docentes de bibliotecología, realizado en la Biblioteca Popular “La Margarita Blanca” (Adrogué, Provincia de Buenos Aires, Argentina (verano 2010) que fue continuado por el ciclo mensual *Encuentros sobre Bibliotecología y Documentación: Aportes a los Fundamentos de Nuestra Profesión* realizado entre mayo y noviembre de 2010, coorganizado con el GESBI (Grupo de Estudios Sociales en Bibliotecología y Documentación)

(*) Quien escribe ha compartido largas horas de trabajo con Hugo García y ha sido testigo presencial de esas largas conversaciones con estudiantes